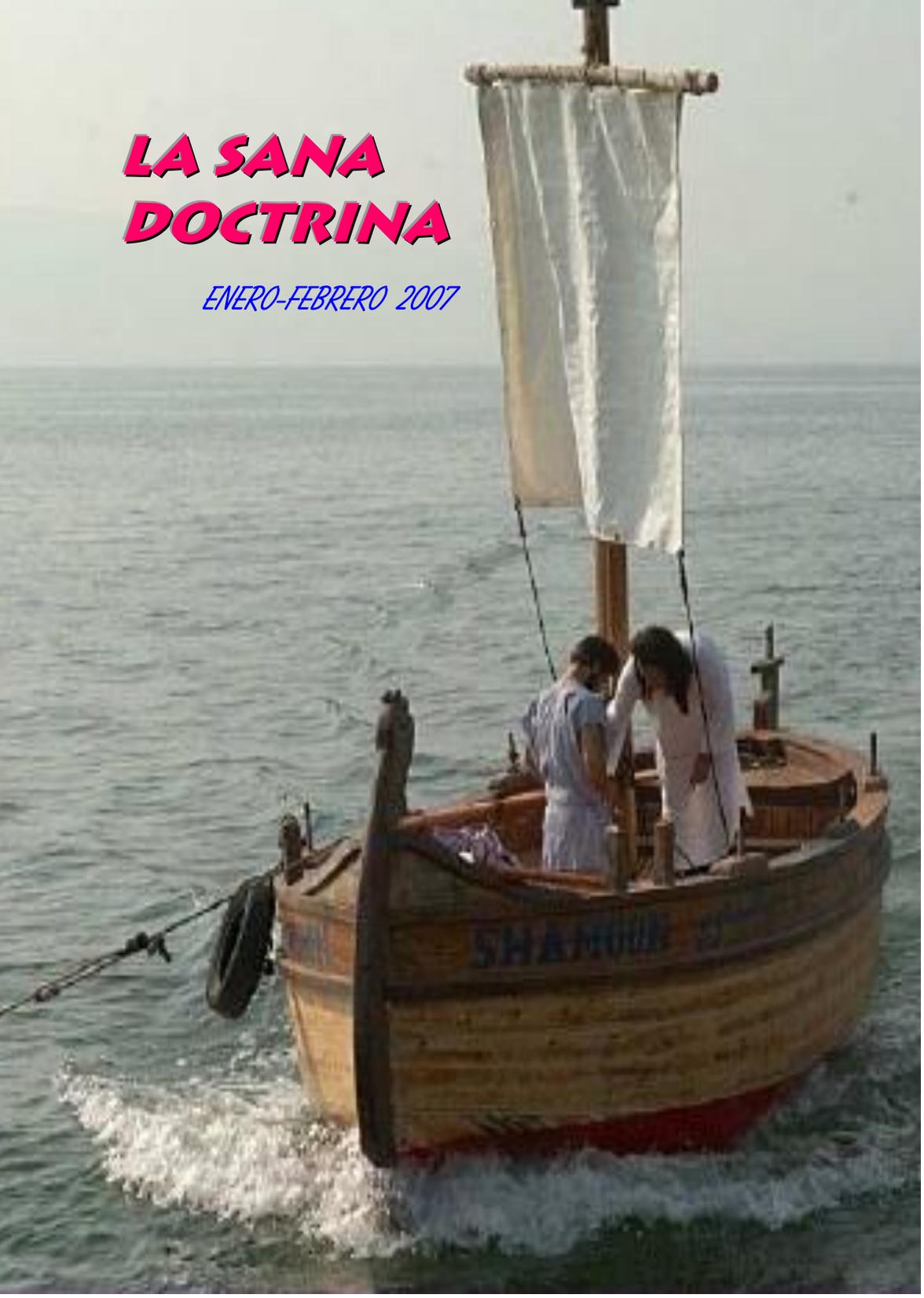


LA SANA DOCTRINA

ENERO-FEBRERO 2007



Contenido

La Sana Doctrina

*“Toda la palabra de Dios
para todo el pueblo de Dios”*

*Revista bimestral publicada por
asambleas congregadas en el Nombre
del Señor Jesucristo en Venezuela.*

Año XLIX N° 287

Enero-Febrero 2007

Redactores:

Guillermo Williams (Fundador: 1958-61)
Santiago Saword (1961-76)
Santiago Walmsley
Andrew Turkington (Redactor)
a/c Carrera 6° N° 12-61, San Carlos,
Cojedes, 2201, Venezuela.
Tlf. (0258) 8084791
E-mail: andrewturk@cantv.net

Tesorero:

William Turkington
a/c Carrera 6ª N°12-61, San Carlos,
Cojedes, 2201, Venezuela.
Teléfono: (0258) 4330112
E-mail: turkington@cantv.net

Suscripciones para 2007

La suscripción es anual (seis revistas), y se paga por adelantado.

Para Venezuela: Bs. 4000

Las suscripciones se hacen preferiblemente por asamblea, y pueden cancelarse mediante un depósito sin libreta a la cuenta de ahorros **No. 0101-10778-1** del Banco Mercantil a nombre del tesorero. Favor avisar por teléfono o utilizar el código explicado en el Directorio de asambleas.

Para el exterior: US\$ 8,00 (vía superficie)

US\$ 9,00 (vía aérea)

Favor enviar cheque en dólares americanos a nombre del tesorero.

Impreso por: OMEGA, C.A.

Tlf. (0243)2361254

DEPOSITO LEGAL pp: 195702DF52

Artículos:

De Egipto a Canaán (9)3
Los Sacrificios (cont.)
Santiago Walmsley

Una Apreciación de los
Salmos (1)6
D. R. Alves

La Predicación del
Evangelio (1).....11
Gelson Villegas

Otoniel - El Juez Ideal15
Los Trece Jueces (2)
A.M.S. Gooding

La Casa de Jehú18
Notas y Exposiciones Bíblicas (9)
William Rodgers

Eben-ezer de Veras20
Samuel (7)
W.W.Fereday

Lo que Preguntan22

- ¿De qué maneras nos guía el Espíritu de Dios?
- ¿Qué es la llenura del Espíritu?

Página Evangelística24

Don Panchito

Tomado de: “Tesoro Digital”
(CD distribuido gratuitamente por
D.R. Alves)

De Egipto a Canaán (9)

Los Sacrificios (cont.)

Santiago Walmsley

El Sacrificio por el Pecado y el Sacrificio por la Culpa

Muy poco se toma en cuenta las diferencias entre estos dos sacrificios, y como resultado se tratan como si fueran uno solo y la misma cosa. Concedan en muchos de sus detalles, pero las diferencias son grandes, especialmente cuando se interpretan con relación a Cristo y los resultados de Su sacrificio.

Repasando por encima el capítulo cuatro de Levítico uno se da cuenta que, en todo caso, el conocimiento de cada persona y su responsabilidad es lo que decide su grado de culpa. Todo comienza con el caso del sacerdote ungido que pecare. Este caso se presenta en primer plano aun antes de tratar el caso que involucra toda la congregación. La ofrenda fue igual en ambos casos, pero el caso del sacerdote ocupa el primer lugar porque el llevaba más responsabilidad que la congregación misma. “Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley, porque mensajero es de Jehová de los ejércitos”, Mal.2:7.

Esta enseñanza está confirmada en el Nuevo Testamento en porciones como Mateo 11:20-24, etc. Dijo el Señor, “Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida, porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido

hasta el día de hoy”. También dijo: “La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí mas que Salomón en este lugar”, 12:42.

La responsabilidad, asumida o real, de cada hermano y cada hermana se tomará en cuenta como factor importante en el Tribunal de Cristo. Dijo Santiago: “Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación”, 3:1. El que enseña, está en el deber de transmitir fielmente al pueblo toda la palabra de Dios. “Aquel a quien fuere Mi palabra, cuente Mi palabra verdadera.” Jer.23:28.

En el caso de haber pecado el sacerdote o la colectividad del pueblo, es evidente que se cortó toda comunión con Dios. No fue meramente que se necesitó la restauración de un individuo, sino la restauración de comunión entre Dios y todo el pueblo. ***No se trata del establecimiento de relaciones*** entre Dios y el pueblo (que efectivamente se hizo en el Día de la Expiación) ***sino el restablecimiento de la comunión interrumpida***. En ambos casos, el del sacerdote y el del pueblo, la sangre se roció siete veces delante del velo para una perfecta restauración de comunión y se puso de la sangre sobre los cuernos del altar de incienso.

En el caso de pecado individual no quedó afectada la comunión del pueblo en general, pero el individuo perdió el sentir de la bendición. La sangre se esparció, por lo tanto, no en el lugar donde se acercaba el sacerdote – el altar de incienso – sino en el lugar

donde se acercaba el pueblo – el altar del holocausto.

En casos individuales no se corta la comunión de la totalidad del pueblo, pero cuando llegue a ser conocido el pecado, tiene que ser confesado y abandonado. Si se encubre el pecado individual, es posible que el Señor castigue toda la congregación, pues, lo hizo en el caso de Acán. “Ha pecado Israel” dijo Dios, pero solo Acán sufrió cuando el pecado salió a la luz y fue purgado. Así, volvió la bendición al pueblo, pero con mucha más dificultad.

Los sacrificios por el pecado en sus detalles dan evidencias que Dios no puede pasar por alto ningún pecado. ***El puede perdonar todo y limpiar de todo, pero no puede pasar por alto nada.*** No se puede ocultar de Dios el pecado escondido. Es menester que Él juzgue el mal, todo mal, para excluirlo de Su presencia. ¿Dios tiene que hacerse el ciego porque el pecado nos encegueció a nosotros? ¡Imposible! Dios no ignora nada, y aunque el pecado quede escondido de nosotros, sea por negligencia y falta de atención, sigue siendo pecado para Él.

Él tiene compasión, ilumina por Su Espíritu, provee camino a Su presencia para el primero de los pecadores, restaura el alma que se ha desviado, toma en cuenta el grado de luz espiritual gozada por aquellos que andan en luz, pero nada de esto cambia Su juicio del pecado. “El sacerdote le hará expiación por ***el yerro que cometió por ignorancia***, y será perdonado. ***Es infracción, y ciertamente delinquirió contra Jehová***”, Lev.5:18,19.

Hay un principio importante que es menester tomar en cuenta. En los primeros capítulos eran voluntarios los sacrificios presentados por los adoradores y ellos fueron aceptados en todo el valor del sacrificio. Esta identificación y aceptación se expresaban por la imposición de las manos.

En el caso del sacrificio por el pecado se aplicó el mismo principio de la imposición de manos pero, en este caso, el que ofrendaba no se presentó como adorador sino como pecador; no como en condiciones para adorar sino como culpable. En vez de él presentarse en toda la aceptabilidad del sacrificio, (como lo hace el creyente ahora, Efesios 1:6, “Aceptos en el Amado”) el sacrificio se identificó con su culpa y falta de aceptación y, como tal, llevó (en figura) sus pecados y fue sacrificado.

Esta distinción, entre la identificación del sacrificio con el pecado del culpable y la identificación del adorador con toda la aceptación del sacrificio representa claramente las dos caras de la obra de Cristo.

Ordinariamente, había cuatro clases de sacrificio por el pecado y la culpa: una cabra, una cordera, dos palominos, o la décima parte de un efa de flor de harina. Con este último como ofrenda por la culpa, Dios proveyó medios de perdón que quedaban al alcance de los más pobres de Su pueblo. ¡Cuán bueno es Dios, y cuán fácil es asegurarse de la salvación!

Los pecados que requerían que se ofreciera un sacrificio eran: (1) los pecados que ofendían la conciencia, Lev.4, (2) lo que fueron declarados

pecado por estatuto de Dios, 5:1-13, (3) yerro en las cosas santas de Jehová, 5:14-19, y (4) males hechos al prójimo en cosas encomendadas, etc., 6:1-7.

Además de estos, había dos muy importantes sacrificios por el pecado. El que se ofrecía en el Día de la Expiación, Lev.16, y las cenizas de la becerra alazana, Núm.19, que se rociaban sobre los inmundos, Heb.9:13.

La becerra se identificó totalmente con el pecado y por lo tanto se quemó en su totalidad con la grosura y la sangre, (habiendo sido esparcido de la sangre primeramente a la puerta del Tabernáculo). En efecto, se quemó del todo fuera del campamento. De sus cenizas, mezcladas con agua, se esparcía sobre el inmundo, según los ritos indicados, Números 19, para la purificación. Era la provisión de Dios para un pueblo peregrino que podría contaminarse súbitamente por la muerte de algún ser querido. “El pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”, Stg.1:15. “¿Qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte”, Rom.6:21.

En los tres sacrificios por el pecado que concernían a todo el pueblo: el del Día de la Expiación, y los dos casos al comienzo de Lévi.4, los cuerpos fueron quemados fuera del campamento. (Esto no se hizo cuando el sacrificio representó a uno solo del pueblo.) Pero, aun en estos sacrificios se conservó la figura de la perfección impecable de Cristo en que se quemó la grosura sobre el altar de holocausto. “Al que no conoció pecado, (la grosura del animal sin defecto quemada sobre el altar) por

nosotros lo hizo pecado (el cuerpo quemado fuera del campamento)”, 2 Cor. 5:21. “Jesús, para santificar al pueblo mediante Su propia sangre, sufrió fuera de la puerta”, Heb. 13:12.

En el caso del sacrificio del gran Día de Expiación, la sangre se llevó dentro del velo. Fue esparcida en el propiciatorio, representación del trono de gracia y misericordia. Así estaba siempre a la vista de Dios la sangre de la expiación. Esa sangre fue la base de todos los demás sacrificios, como de toda relación entre Dios y el pueblo. En virtud de ella, Dios moraba en medio de aquel pueblo imperfecto.

En Hebreos, la eficacia de la sangre de Jesús mantiene inmutable nuestra relación con Dios, 9:12. El creyente tiene acceso a Dios dentro del velo, 4:16, habiendo sido perfeccionado para siempre por la obra de Cristo, 10:14. En el mundo, él anda en debilidad y está rodeado por muchas pruebas. El sacerdocio de Cristo funciona, **no para restaurarle a la comunión con el Padre**, sino para que él halle misericordia y gracia **para el oportuno socorro**, 4:16.

La primera epístola de Juan se basa en nuestra comunión con el Padre y con el Hijo, 1:3. La comunión se rompe por el pecado más mínimo, pero Cristo es nuestro abogado para con el Padre para restaurarnos, 2:2.

El sacrificio por la culpa se distinguía de los demás sacrificios, pues, además de ofrecer el sacrificio indicado, el culpable tenía que hacer restitución. “Cuando una persona pecare e hiciere prevaricación contra Jehová... restituirá aquello que robó... o el daño

de la calumnia, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló... lo restituirá por entero... y añadirá a ello la quinta parte”, Lev.6:1-7.

Este sacrificio tenía que ver con transgresiones contra Dios y contra el prójimo. La pérdida o el daño tenía que ser resarcido en su valor total, computada por el sacerdote; o sea, según la estimación Divina. Pero, esto tampoco bastaba, porque tenía que agregársele la quinta parte de su valor entero; es decir, un veinte por ciento.

Cristo “pagó lo que no robó”, Salmo 69:4, y Su muerte en cruz ha resultado en gloria infinita para Dios, gloria más abundante que la deshonra hecha por la caída de Adán, y una abundancia de bendiciones para el ser humano tal como no se conocían en el Edén. “Cuando el pecado abundó, *sobreabundó* la gracia”, Rom.5:20. “Si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, *mucho más* reinarán en vida por uno solo, Jesucristo”, Rom.5:17. “Abundaron *mucho más* para los muchos la gracia y el don de Dios por un hombre, Jesucristo”, Rom.5:15.

“Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en El. Si Dios es glorificado en El, Dios le glorificará en Sí mismo, y en seguida le glorificará”, Jn. 13:31,32. Estas palabras de Cristo revelan que el Hijo del Hombre ha consumado todo para la gloria de Dios. Dios glorificado, y glorificando a Su Hijo con una gloria compartida por los que son los objetos de Su gracia. “La gloria que Me diste, Yo les he dado”, Jn. 17:22, algo mucho más allá de meramente quitar el pecado y sus resultados. Para los hombres, el sacrificio por la culpa, con

la restitución de todo y la quinta parte agregada, significa no la restauración del paraíso terrenal, sino la gloria celestial; no la inocencia devuelta sino la imagen de Dios en justicia, santidad y verdad; no la vida adámica en perfección, sino la vida eterna en Cristo Jesús.

Una Apreciación de los Salmos (1)

D. R. Alves

I. Los Salmos en el Nuevo Testamento

Los Salmos en la Biblia

Les dijo [Jesús]: Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en ... **los salmos**, Lc. 24:44

Los Salmos en el culto

Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene **salmo** ... Hágase todo para edificación, 1 Cor. 14:26.

Los Salmos en la vida del cristiano

Sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con **salmos** ..., cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, Ef. 5:19. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros ..., cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con **salmos**, Col. 3:16 (Ver **Anexo 1**).

Desde los tiempos antiguos los judíos ordenaron los libros canónicos del Antiguo Testamento en tres grupos conocidos como la Ley, los Profetas y los Escritos. Los Salmos pertenecían al tercer grupo y muchas veces daban su nombre a todo éste, aunque “los

Escritos” constaba de todos los libros desde Esdras hasta Cantares. Así el Señor habló en Lc. 24:44 de “lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.” Hay buena evidencia de que en la secuencia original el tercer grupo, “los Escritos,” o el salterio, estaba al comienzo y no en el orden que encontramos ahora en nuestra Biblia.

Normalmente, pensamos en un “salmo” como de David, Asaf, etc., y ciertamente todo el Salterio está incluido en el término. Pero esta palabra se traduce “cantar” en otros pasajes del Nuevo Testamento, y también “alabando”, de modo que en las Epístolas podría referirse a cualquier cántico de alabanza u otra expresión basada en la experiencia del individuo.

Podemos decir que no todos los salmos están en la Biblia; no todos los salmos en la Biblia están en el libro de los Salmos, y ¡el libro de Salmos no abarca todo lo que los israelitas entendían por “los salmos”!

Hay diversas maneras de inventariar las citas del Antiguo Testamento en el Nuevo, y uno de los cálculos es que el 40% de ellas es tomado de los Salmos. “De tanta importancia eran los Salmos para nuestro Señor y sus apóstoles que citaron casi cincuenta de ellos varias veces en el Nuevo Testamento. Casi no hay una condición en la vida humana que no expresan, ni en ellos una experiencia que no ha vivido algún ... cristiano que conoce de cerca a su Señor.”

II. Cómo están estructurados los Salmos

El psallo

El título en hebreo, *tehiillim*, quiere decir alabanzas, y parece que el libro llevó este nombre por su uso como el himnario en los servicios religiosos del segundo templo. En las traducciones del Antiguo Testamento al griego el título es simplemente *Salmos*, o Salterio, procedente de *psallo* que quiere decir tocar un instrumento de cuerdas. Entendemos que el propósito era que los salmos fuesen acompañados de música instrumental; véanse 1 Cr. 16:4: “puso delante del arca de Jehová ministros ... con sus instrumentos de salterio y arpas;” y el 25:1: “apartaron para el ministerio ... para que profetizasen con arpas, salterios y címbalo”.

Es evidente que Israel poseía lírica aparte de la que figura en los Salmos. Está ausente, por ejemplo, la endecha de David sobre Saúl y Jonatán, y también la oración de Ezequías en Isaías 38. Quizás hubiéramos esperado encontrar en el libro de Salmos “las últimas palabras de David” que están en 2 Samuel 23:

Dijo David hijo de Isaí, dijo aquel varón que fue levantado en alto,

El ungido del Dios de Jacob, el dulce cantor de Israel:

El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua.

En términos generales se puede clasificar los varios salmos en una u otra de estas categorías:

- un llamado a Dios en petición o alabanza directa;
- una expresión de las emociones y experiencias del que habla;
- una celebración de las obras de Dios en la naturaleza e historia;
- una reflexión sobre el gobierno divino.

Se ha dicho que los Salmos 1 y 2 son la antesala de toda el Salterio, como si los 148 restantes fueran una exposición de los conceptos expresados en estos dos. Cristo está tras el velo en su humanidad en Salmo 1 y está en su deidad en el 2. El pobre pecador está en ambos.

El Salterio comienza con Dios bendiciendo al hombre, Salmo 1, y termina con el hombre bendiciendo a Dios, Salmo 150. En el medio la penitencia, petición y perplejidad se fusionan al fin en una alabanza. Esta consumación es una gran canción universal que procede del tiempo y se extiende al milenio, si no a la eternidad, en una escena de gloria sin par en la cual Dios reina como Cabeza Suprema de una creación redimida y restaurada.

La secuencia

El arreglo interno de los salmos que tenemos actualmente es el mismo que existía en los días de nuestro Señor; Hch. 13:33 habla de lo que “está escrito en el salmo segundo.” No están en una secuencia cronológica en cuanto a historia o profecía, aunque el libro correspondiente a David es el primero de los cinco que componen el “libro” mayor que nosotros designamos como Salmos, y el libro postcau-

tiverio, muy profético por cierto, es el último de aquellos cinco.

También hay pequeños conjuntos de salmos que parecen estar lado a lado por relacionarse entre sí. Se ha señalado a menudo que el 22 trata del Salvador que sufrió en el pasado, el 23 del Pastor que cuida aún y el 25 del Soberano que asumirá el poder.

Las fechas y los autores

Los Salmos tuvieron su origen en el avivamiento religioso bajo David y Salomón. Se añadieron al núcleo otros salmos en los tiempos de avivamiento bajo los reyes Josafat, Ezequías y Josías, y finalmente en el avivamiento después del Cautiverio. Los períodos largos de decadencia resultaron improductivos de este tipo de escritura. (¿Y no es así en la vida nuestra?)

En la época anterior de los libros de Samuel, Moisés aportó uno o quizás dos salmos, que son el 90 y el 91, respectivamente. Había gérmenes de salmos desde el comienzo de la historia nacional de Israel; por ejemplo, el cántico de María en Éxodo 15, el de Débora y Barac en Jueces 5 y la oración de Ana en 1 Samuel 2.

David habló “en el Espíritu,” Mt. 22:43. Dice Hch. 2:30 que era profeta. Él redactó ciento veinte por todo, y es sólo por Hch. 4:25 y Heb. 4:7 que sabemos que era autor de dos de ellos, el Salterio no lo dice.

“El rey Ezequías y los príncipes dijeron a los levitas que alabasen a Jehová con las palabras de David y de Asaf vidente,” 2 Cr. 29:30. Asaf está asociado con doce. Once salmos son

“de” o “para” los descendientes de Coré, quien descendió vivo a la tierra como castigo por su pecado en Números 16. (La traducción de los títulos es incierta en este asunto de “por/para/de” cierto autor). Hay una marcada ausencia de nombres de autores en el cuarto libro y el quinto.

Los cinco libros

Es de factura humana la antigua costumbre de hablar del “primer libro”, “segundo libro”, etc., pero goza de apoyo divino por el hecho de que cada una de las cinco secciones termina con *Amén* y / o *Aleluya*. Los sabios observan que en los Escritos hay también cinco libros — Rut, Cantares, Ester, Job y Lamentaciones — que son libros “femeninos” por cuanto tratan de experiencias personales, emocionales, a diferencia de los otros libros que versan mayormente sobre una nación, leyes y las muchas naciones.

Pero más relevante es el Pentateuco, los cinco libros de Moisés al comienzo de la Biblia. Hay una correspondencia de tema principal entre el primer libro de los Salmos y Génesis, entre el segundo libro y Éxodo, etc.

El primer libro; Salmos 1 al 41

Estos salmos hablan mucho del hombre, tanto como Dios quería que fuera como el hombre que es. Salmo 1 versa sobre el varón santo y el varón impío. Salmo 8 es sobresaliente, “¿Qué es el hombre?” Salmos 9 y 10 no lo dicen, pero parece que su tema es el hombre de pecado, 2 Tes. 2, etc. El 40 habla del hombre perfecto. Cristo en sus padecimientos dice ser “gusano y no hombre”. Génesis a su vez

se construye sobre la historia de siete hombres en particular, y sobre siete casos en que el segundo hijo recibió la bendición que el hijo mayor esperaba; Génesis es el libro de hombres. El árbol se destaca tanto en Salmo 1 como en Génesis 3.

Proféticamente, hay más historia personal del Mesías en estos salmos que en los libros restantes. Detrás del telón, Cristo es el varón bienaventurado de Salmo 1 y el Redentor del remanente fiel en Israel en toda la sección.

El segundo libro; Salmos 42 al 72

Aquí leemos de la ruina y la redención de Israel, aun cuando David habla en primera persona de sus propias experiencias de fracaso y restauración. En estos salmos el remanente gime, por medio de él, por redención y anhela la salvación en un Rey por venir. “¡Oh, si saliera de Sion la salvación de Israel! Cuando Dios hiciere volver de la cautividad a su pueblo, se gozará Jacob, y se alegrará Israel”, 53:6.

La sección termina con un salmo acerca del reino donde la gloria del Mesías llena el mundo entero. De una vez viene a la mente que Éxodo comienza con ese pueblo esclavo en Egipto y termina con la presencia y gloria de Dios manifiestas en el tabernáculo.

Proféticamente, se percibe a Cristo identificándose con el remanente judío echado de Jerusalén, ciudad esta que en los postreros días es entregada al anticristo y está llena de apóstatas. Él restaura estos fieles a su posición. El Salmo 51, intensamente personal en su redacción como una confesión propia

de David, es también una figura de cómo el remanente reconoce la culpa nacional en rechazar al Mesías, al estilo de Zacarías 12.

El tercer libro; Salmos 73 al 89

Se identifica este libro de Salmos con Levítico porque se enfoca sobre el santuario. Hay salmos de David que hablan del templo, pero en realidad sólo el tabernáculo estaba en pie en sus días. Asaf, desde luego, ministraba en el templo propiamente dicho una vez que existía. Once de sus salmos están en esta sección. Él dirigía el canto cuando el arca fue restaurada a su lugar, y luego estaba a cargo del coro en el templo, 1 Cr. 15:17, 16:45.

El 84 expresa este tema de la morada divina: “Anhela mi alma ... los atrios de Jehová”. En el tercer libro Israel está en la tierra de nuevo, primeramente en incredulidad pero luego con los fieles en el santuario. “En Salem está su tabernáculo, y su habitación en Sion. Allí quebró las saetas del arco, el escudo, la espada y las armas de guerra”, 76:2.3.

El cuarto libro; Salmos 90 al 106

En esta sección Israel está en el desierto; corresponde al libro de Números, que narra sus experiencias allí. “Moisés y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel [¿!] entre los que invocaron su nombre; invocaban a Jehová, y él les respondía. En columna de nube hablaba con ellos; guardaban sus testimonios, y el estatuto que les había dado”, 99:6.

El cuarto libro comienza con el salmo de Moisés, el hombre de la peregrinación desértica*, y termina con Salmo 106 que repasa los fracasos de

la nación en esa etapa de su historia. El 95:8 habla, por ejemplo, del triste episodio de Meriba y Masah (Éxodo 17), pero 105:11 anticipa mejores tiempos, “A ti te daré la tierra de Canaán ...”

En fin, el tema es la retrocesión y la recuperación de Israel, y Salmo 90 es típico. El creyente de hoy ve en este libro que el primer Adán es reemplazado por el postrero, Cristo, al modo de hablar de 1 Corintios 15.45 al 47.

(* Por cierto, ¿cuál desierto? ¿Cuando cuidó las ovejas del suegro, hasta los 80 años, o cuando guió a su pueblo, a partir de los 80 años? ¿Qué pensamientos vinieron a su mente al escribir que nuestras vidas son de sólo 70 u 80 años?)

El quinto libro; Salmos 107 al 150

Ahora Deuteronomio, el libro que dice “por segunda vez” lo que otros libros del Pentateuco han tocado. El 119 se destaca en esta sección, y en él casi todos los versículos hablan de la Palabra de Dios, presentada por una serie de sinónimos. En su tentación en el desierto nuestro Señor citó exclusivamente del libro de Deuteronomio.

En el quinto libro se acuerda todavía de la historia de la nación en el desierto (Deuteronomio, dijimos, es un libro de repaso histórico), pero también se enfoca sobre lo que Dios requería de ese pueblo y la promesa de Canaán por delante. De las 140 veces que figuran *alabanza* y *alabar* en los Salmos, casi la mitad está en el quinto libro.

Los Salmos 120 al 134 se conocen como “de ascenso,” traducido en la Reina-Valera como “cántico gradual.” Posiblemente se cantaban en la mar-

cha a las fiestas levíticas (las santas convocaciones), 1 Sam. 1:3, Salmo 122:4. Otros dicen que son cantos “de grados.” Como era de esperarse, la sección, y todo el libro de Salmos, termina con cantos de triunfo y alabanza; el *Amén y Amén* que cierra los otros libros es más bien un gran *Aleluya* al final del 150.

Los títulos divinos

En los Salmos se emplean posiblemente diez títulos de Dios y los estudiosos reconocen que el nombre que predomina en uno cualquiera de los cinco libros está acorde con el tema que predomina en aquel libro.

En la Reina-Valera se usa *Jehová* y su forma abreviada *Jah*, títulos parecidos a su forma en hebreo, pero se han traducido al castellano los otros títulos. Así que leemos, por ejemplo, “Señor, *Adonai*, tú nos has sido refugio...”; “El que habita al abrigo del Altísimo, *Elohim*, morará bajo la sombra del Omnipotente, *Saddai*”.

(a continuar, D.M.)

Anexo 1 Salmos, himnos y cantos

Con “salmos” no se refiere necesariamente a los del Salterio del Antiguo Testamento, sino basados en una experiencia con Dios, como aquellos lo estaban; “himnos” se dirigen a Dios como alabanza; “cánticos espirituales” expresan alguna verdad espiritual. “Alabando” es, literalmente, ‘salmodiando’, cantar acompañados de instrumentos de cuerdas. “En vuestros corazones” es el acompañante, el instrumento de cuerdas; “al Señor”, Él

mismo el objeto del canto, y nunca el yo y los hombres. (Albert Leckie)

“Salmos” indica los cantos nacidos de la experiencia, y pueden estar relacionados con la idea de la aflicción. El término siguiente, “himnos”, sugiere los cánticos elevados como resultado de la revelación divina, y pueden comunicar una nota más objetiva de alabanza de Dios y a Cristo el Señor. Los himnos de esta naturaleza revelan apreciación, culto y adoración. El tercer término, “cánticos espirituales”, podría especificar los que expresan los anhelos del alma. Cualquiera sea la distinción, el contexto deja claro que estos sagrados cánticos se fundamentan en la Palabra y pueden entonarse con el espíritu adecuado, sólo cuando la Palabra presente impulsa a la adoración y la alabanza con gratitud. (Thomas Bentley)

La Predicación del Evangelio (I)

Gelson Villegas

[En estos artículos nuestro hermano explica lo que es la predicación, el predicar y el predicador, basándose en las palabras usadas en el idioma original del Nuevo Testamento, y luego trata ciertas consideraciones sobre el tema]

Predicación

‘*Kērugma*’ es la gran palabra que, en el Nuevo Testamento, Dios ha querido usar para referirse a la predicación, y, antes que intentar una prematura definición del término, será mejor notar el uso bíblico en pasajes relevantes. Al respecto, el mismo Señor usó el

vocablo en referencia a “la **predicación** de Jonás” en Mateo 12:41, siendo evidente que la denotación es a una pública proclamación.

Del mismo modo, Pablo, el gran heraldo del evangelio de la gracia de Dios, al usar el término, dice a los corintios que “agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la **predicación**” (1 Cor. 1:21). Lo de ‘locura’ es una fina ironía del apóstol, quien está usando el mismo dardo (“... para los gentiles locura”—1:23) de los enemigos, pero con mayor contundencia.

En ese mismo verso 23, el apóstol indica que el punto focal de la predicación es Cristo y su obra en cruz. La no referencia aquí a la resurrección como parte vital de la predicación, no es un olvido involuntario (ni menos voluntario) del apóstol, sino, antes bien, el siervo de Dios está usando la verdad de la crucifixión con fines muy específicos, en atención a las circunstancias y a sus destinatarios. Como ejemplo de ello, Pablo usa el argumento de la muerte de Cristo en cruz para conjurar el terrible espíritu divisionista de los corintios, preguntándoles: “¿Fue crucificado Pablo por vosotros?”. También llega a decir que, según la actitud de la gente ante “la palabra de la cruz” (1:18), ello determinará perdición o salvación.

Cuando el gran expositor de la verdad del evangelio va dándonos los perfiles de la predicación, él ve la importancia de hacer un deslinde entre la **predicación** y el **verbalismo** filosófico, que tanto gustaba a los corintios, fruto de la penetración cultural de Grecia en el mundo imperial romano. Pablo no llegó a corinto para anunciar

el testimonio de Dios “con excelencia de palabras o de sabiduría” (1 Cor. 2:1), es decir, sabiduría humana, al estilo de los filósofos racionalistas, a quienes Pablo conocía perfectamente. El gran apóstol no quería, en modo alguno, propiciar tales tendencias humanas, contrarias a los propósitos de Dios. Por ello, se propuso no saber entre los corintios cosa alguna, “sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (2:2). Así, en el ámbito del evangelio, ninguna predicación puede ser tal si carece de un carácter Cristocéntrico. Presentar a Cristo con la frescura y poder de su obra redentora amerita, ciertamente, que nos escondamos detrás de la cruz, como decían los antiguos.

Pablo insiste en el tema: “... ni mi **palabra** ni mi **predicación** fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1Cor.2:4). Aunque muchos distinguen ‘palabra’ como refiriéndose a la sustancia del mensaje y ‘predicación’ enfocada hacia la forma de presentarlo, la verdad general aquí expuesta es que la predicación **no es** un despliegue de las dotes intelectuales y personales del predicador.

En el verso siguiente, Pablo indica la nefasta consecuencia que tal actitud trae, es decir, que la fe de algunos esté fundada en la sabiduría de los hombres y no en el poder de Dios. La verdad que este legítimo ganador de almas nos está diciendo, debería traer un profundo escrutinio de nuestras actitudes como anunciadores del evangelio. Ante el Tribunal de Cristo, ¿seremos hallados culpables de propiciar profesiones de fe sin base ni raíz de salvación? ¿Habrán en nuestras con-

gregaciones “creyentes” que tienen nombre de que viven, y están muertos? Los tales, ¿comen pan y beben vino y nos jactamos de ser sus padres espirituales?

A menudo, el apóstol a los gentiles tuvo que llevar a término la predicación en circunstancias de gran oposición y persecución, aupadas por el adversario mayor (Satán), quien energizó y utilizó canales humanos para tales fines. Es en este ambiente que el apóstol dice: “... el Señor estuvo a mi lado y **me dio fuerzas**, para que por mi fuese cumplida **la predicación**, y que todos los gentiles oyesen” (2 Tim. 4:17). ¿Será que esas ‘fuerzas’ sólo se necesitan en condiciones de abierta y extrema persecución? Al anunciar el evangelio, ¿con cuáles fuerzas estamos contando? Ana, la sabia y espiritual esposa de Elcana, tenía muy en cuenta lo que, tantas veces, nosotros olvidamos, que “... nadie será fuerte por su propia fuerza” (1 Sam. 2:9).

Predicar

La acción de llevar adelante la obra de la predicación, es decir, **predicar**, tiene, también, su lenguaje preciso en el Nuevo Testamento. ‘*Kërussö*’ es uno de los términos usados. Se refiere a una proclamación pública del mensaje de Dios. Tan público debe ser, que el mismo Señor indicó : “**Proclamadlo** desde las azoteas” (Mt. 10:27). El mismo Cristo fue el ejemplo: “**Predicaba** en las sinagogas” (Mr. 1:37). El gadareno salvado no pudo contener su deseo de dar a conocer su maravillosa salvación y “comenzó a **publicar** en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con

él” (Marcos 5:20), y los cautivos necesitan oír un poderoso pregón: “Me ha enviado... a **pregonar** libertad a los cautivos” (Lc. 4:18). Predicar, en el sentido de ‘*kërussö*’, no se limita a una determinada nación o grupo humano, sino “**Predicad** el evangelio a toda criatura” (Mr. 16:15). Al respecto, cuando Pablo escribe a los creyentes en Colosas, les recuerda “del evangelio que habéis oído, el cual **se predica** en toda la creación que está debajo del cielo” (Col. 1:23).

‘*Euangelizö*’ es otra gran palabra inserta en los propósitos divinos de salvación. El uso de la expresión conlleva la idea de la presentación de una buena noticia de parte de Dios para el hombre. Así, un ángel de parte de Dios anunció a los pastores en las cercanías de Belén: “Os doy nuevas de gran gozo...” (Lc. 2:10) y, el mismo Señor, fue enviado “para dar **buenas nuevas** a los pobres” (Lc. 4:8). Es en este mismo sentido que, el escritor a los hebreos, dice: “...también a nosotros se nos ha anunciado la **buena nueva...**” (Heb. 4:2). No es que **evangelizar** ignore el triste fin que espera a quienes rechazan la gracia de Dios extendida al pecador para salvación, sino que ‘*euangelizö*’ deja ver cuál es la voluntad de Dios hacia el pobre pecador. El “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2:4). Tocante a esto, no puede decirse que se ha anunciado buenas nuevas, si en la “**prédica**” se lanza, de principio a fin, a los pecadores al infierno y se les deja allí, sin anunciarles que hay perfecta salvación en Cristo.

‘Laleö’, término comúnmente usado por ‘hablar’ en los escritos del Nuevo Testamento, es una palabra con la cual también se designa la acción de predicar. Así, en casa de Cornelio, “Mientras aún **hablaba** Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso” (Hch. 10:44). En Filipos, Pablo, Lucas y Silas, fuera de la puerta de la ciudad, sentados, **hablaron** a las mujeres que se habían reunido (Hch. 16:13). Igualmente, en Filipos, “le **hablaron** la palabra del Señor a él (al carcelero) y a todos los que estaban en la casa” (Hch. 16:32).

Al seguir nuestra consideración sobre el tema, en muchos pasajes de la Escritura, el anuncio del mensaje en el sentido de ‘laleö’ toma el matiz de una civilizada y fructífera conversación. El mismo Señor da el ejemplo en los casos de la mujer samaritana (Juan capítulo 4) y del ciego de nacimiento sanado, según leemos en Juan capítulo 9. En esas ocasiones no pareciera que el Señor se planta delante de esas personas y les da un encendido y virulento discurso. Antes bien, notamos que nuestro Salvador dejó que sus interlocutores se expresaran, pues es muestra de civismo y sabiduría oír al otro. En verdad, el pobre pecador tiene un mensaje para nosotros, es el mensaje de su angustia, de sus traumas, de su miseria moral-espiritual y, hasta humana. En la medida que seamos capaces de escucharle con verdadero interés en él, seremos capaces de presentarle el mensaje de Dios en forma espiritual e inteligente. Abundan los “predicadores” ametralladoras, quienes disparan incontables palabras por

segundo, sin respirar ellos y sin dejar que el sufriente oyente respire, tampoco. Generalmente, quienes así actúan procuran terminar “con broche de oro” su intervención, es decir, presionando al oyente para que haga una profesión de fe. Decimos **mil veces no** a tales métodos. Aprendamos de la gracia, sabiduría y ternura con las cuales nuestro amado Salvador trataba y alcanzaba a las personas para Dios.

‘Logos’ es, igualmente, expresión bíblica que tiene que ver con **predicar**. Tan especial es esta palabra que el Espíritu Santo la pone en la pluma de Juan (6 veces, en el evangelio de Juan, en su primera epístola y en Apocalipsis) para hacer referencia al Señor Jesucristo como **el Verbo**. Ese verbo encarnado llena toda la Escritura. Él es el tema de la revelación escrita de Dios y, tan íntima es la unión de lo uno y lo otro que, recibir **la Palabra** (Hechos 2:41) y recibir **a Cristo** (Juan 1: 12) lleva idéntico resultado en salvación. El Señor mismo, en los días de su ministerio terrenal, indicó que dar crédito a sus ‘**palabras**’, no sólo por oírlas con agrado, sino por **hacerlas** (Mt. 7:24), tiene tal valor que se compara a la acción de fundar una casa sobre la roca, la cual combatida por terribles fuerzas naturales, no sólo no cae sino que, según el relato paralelo de Lucas, ni siquiera se mueve.

Esa **palabra** (logos) es **semilla** (Lc. 8:11) que el sembrador **sale** a sembrar en terrenos muy disímiles (diferentes clases de corazones), sin preguntar si tal o cual terreno forma parte de los escogidos o no. Ningún predicador verdaderamente bíblico se pregunta tal cosa. Ese ‘logos’ es verdad que **santi-**

fica (Juan 17:17) y, a quienes se les ha encargado “*la palabra* de la reconciliación” (2 Cor. 5:19) necesitan diariamente el efecto santificador de esa palabra. También, Dios pone en boca del apóstol a los gentiles que los términos del mensaje son “*sanas palabras*”, en sí mismas sin corrupción y en sus efectos traen salud espiritual a las heridas almas por el pecado.

Poderosa espada, esa “... *palabra* de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (He. 4:12).

En cuanto al tema, ‘*Katangellö*’, aún cuando no es un término de uso tan extenso como otros, también conlleva la idea de hacer lo más pública posible la verdad del evangelio. En la versión revisada (Reina-Valera) de 1960 el término se traduce, la mayoría de las veces, por *anunciar*. Una vez se traduce por *enseñar* (Hechos 16:21) y otra vez por *divulgar* (Ro. 1:8). En la última cita, Pablo le dice a los romanos: “... vuestra fe se *divulga* por todo el mundo”. Al respecto, es interesante apreciar que esa *FE* divulgada era, no otra cosa, que el evangelio aceptado y vivido, la convicción evangélica traducida y expresada en un vigoroso testimonio de lo que la gracia de Dios hace.

(a continuar, D.M.)

ATENCIÓN: Si no ha renovado su suscripción para 2007, ¡hágalo YA!

Otoniel – El Juez Ideal

Los Trece Jueces (2)

A. M. S. Gooding

Los tres primeros enemigos que Dios permite desafiar a los Israelitas y reducirles a sujeción se nos presentan en los primeros capítulos del libro de Jueces. El primero es Cusán-risataim, cuyo nombre significa “la negrura de doble iniquidad”, un apto cuadro del mundo. El segundo es Eglón, el Rey de Moab, quien nos representa “la fealdad de la carne”. Tercero, Jabín, el rey cuyo lugar es sobre los cerros, y quien tiene reyes menores debajo de él. Este representa el príncipe de la postestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Él tiene “reyes menores” bajo su dominio, llamados en la epístola a los Efesios principados, potestades, gobernadores de las tinieblas en las regiones celestes. Estos tres enemigos, (1) el mundo, (2) la carne y (3) el diablo, son las tres fuerzas opopositoras que el pueblo de Dios tiene que encontrar, y contra quienes tiene que luchar si van a poseer sus posesiones y vivir triunfantemente para Dios.

“Así los hijos de Israel habitaban entre los cananeos, heteos, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos. Y tomaron de sus hijas por mujeres, y dieron sus hijas a los hijos de ellos, y sirvieron a sus dioses. Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo ante los ojos de Jehová, y olvidaron a Jehová su Dios, y sirvieron a los baales y a las imágenes de Asera. Y la ira de Jehová se encendió contra Israel, y los vendió en manos de Cusan-risataim rey de Mesopotamia; y sirvieron los hijos de Is-

rael a Cusan-risataim ocho años. Entonces clamaron los hijos de Israel a Jehová; y Jehová levantó un libertador a los hijos de Israel y los libró; esto es, a Otoniel hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb. Y el Espíritu de Jehová vino sobre él, y juzgó a Israel, y salió a batalla, y Jehová entregó en su mano a Cusan-risataim rey de Siria, y prevaleció su mano contra Cusan-risataim. Y reposó la tierra cuarenta años; y murió Otoniel hijo de Cenaz.” (Jue. 3:5-11).

Habiendo fallado en destruir los pueblos de la tierra, permitieron que viviesen entre ellos. Tomaron de sus hijas por mujeres, y dieron sus hijas a los hijos de ellos, y como resultado, sirvieron a sus dioses. Una lección sencilla que el pueblo de Dios necesitan aprender de verdad. Si tú y yo nos sentamos en compañía con la gente del mundo, el resultado será que nuestros afectos estarán entrelazados alrededor de ellos. No un afecto espiritual, sino un afecto natural. Y el resultado natural de personas viviendo en cercana proximidad es que se enamoran el uno del otro, y terminan casándose.

Por supuesto, este pueblo sabía perfectamente bien que Dios quiere que su pueblo habite solo – Él se lo había dicho. Aun Balaám había declarado desde la cumbre del monte que el pueblo de Dios debe habitar solo. Pero haciendo caso omiso a lo que Dios había dicho, llegan a la tierra, viven entre los pueblos de la tierra, admiran las hijas de la tierra, las aman, y se casan con ellas. ¡Los hijos e hijas del pueblo de Dios casándose con los impíos!

El próximo paso es muy fácil: si uno vive con un hombre que es idólatra, o con una mujer que es idólatra, y ellos llenan su hogar de cosas idolátricas, el resultado será – “y sirvieron a sus dioses”. Es algo antiguo, ha sucedido tantas veces. Comienza con comer y beber juntos, entonces casarse, entonces adorar juntos. Recordamos que cuando Balaam no pudo maldecir al pueblo de Dios, “enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel” (Ap. 2:14). El secreto del éxito contra Israel no fue maldecir desde afuera, sino corromper desde adentro. Sin duda Balaam enseñó a Balac a enviar las hijas de Moab a comer y beber con los Israelitas, entonces cometieron fornicación, y luego los Israelitas sirvieron a sus dioses. Veinticuatro mil de ellos cayeron bajo la mano disciplinadora de Dios. Tan sencillo, ¿verdad? Comer y beber juntos, entonces casarse, y ya uno está en el camino a la idolatría.

1 Corintios 10 es un capítulo muy interesante – todo trata del asunto de comer y beber. Nos enseña que el comer y beber siempre está ligado a ciertas asociaciones. Dice: “nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo”. Pablo enseña que el pueblo que come y bebe ese tipo de alimento espiritual debe vivir de cierta manera. Pero, “de los más de ellos no se agradó Dios”. ¿Por qué? Lea los próximos doce versículos y busque las referencias en el Antiguo

Testamento – todo tiene que ver con el comer y beber y la conducta asociada a esto.

Menospreciaron el maná, y el juicio de Dios vino sobre ellos. Hicieron un becerro de oro, y “se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar”; y estaban en el camino de la idolatría. El próximo incidente tiene que ver con las hijas de Moab; comieron, bebieron, cometieron fornicación. Estaban en el camino de la idolatría. En 1 Corintios 10 vemos que habían dos lugares donde los hombres y mujeres comían. Estaba la mesa de los demonios en el templo de los ídolos. También estaba la mesa del Señor relacionada con el pan y la copa usadas para la Cena del Señor. La gente que se sentaba a la mesa de los demonios vivían vidas de fornicación e idolatría. La gente que se sentaba a la mesa del Señor vivían vidas de santidad y adoración divina. Comer y beber conduce a cierto camino y trae ciertas consecuencias.

Así cuando personas viven juntos y comen y beben juntos, sus hijos e hijas se casan, y lo que sigue es alejamiento del Señor. Por supuesto, estos padres eran culpables – estos padres que se establecieron entre los impíos, y permitieron que los impíos se establecieran entre ellos. “Tomaron de sus hijas por mujeres, y dieron sus hijas a los hijos de ellos”. De manera que leemos aquí de dos generaciones. La generación que escogió ir y vivir entre los impíos - ¿qué hicieron? Tomaron de sus hijas por mujeres. Luego dieron sus hijas a los hijos de ellos, es decir, la segunda generación se casaron con

los impíos también. ¿Los padres no eran culpables?

Esto nos enseña una lección muy solemne. Querido padre creyente, ¿comes y bebes con los impíos? No estoy diciendo que nunca debes comer un almuerzo con personas inconversas. Lo que quiero decir es, ¿tienes contactos sociales mundanos? ¿Haces la ronda socializando entre los impíos? ¿Te encuentras perfectamente en casa sentado a la mesa de ellos? ¿Y los invitas a la mesa tuya, comprometiendo las cosas de Dios para que ellos puedan sentirse a gusto en tu hogar? Así tú y ellos, y tus hijas e hijos, y las hijas e hijos de ellos, juntos en un ambiente social, están perfectamente contentos. ¿A dónde conduce esto? Bueno, comer juntos conlleva a casarse juntos, y esto aleja del Señor el corazón del pueblo de Dios, llevándolos a las cosas del mundo y las cosas contrarias a Dios. Es una lección muy sencilla. A veces los padres son culpables cuando sus hijos se casan con los impíos.

He conocido a queridos creyentes que se han mudado de ciertas partes del pueblo o ciudad porque la gente en otra parte estaban un poco más arriba en la escala social. Como resultado, a veces sus hijos e hijas se casan con personas en esa localidad. He visto a padres creyentes sacar sus niños de una sencilla escuela dominical en un local evangélico ordinario y enviarlos a alguna organización religiosa. ¿Por qué? Bueno, tú sabes, es más arriba en la escala social, y allí nuestros jóvenes encontrarán gente de nuestra clase, de más alta categoría. Y por supuesto sí los encuentran, y se casan con gente

de más alta categoría social – pero inconversos. ¿Quién tiene la culpa? ¡Los que les gusta subir la escalera social! Los escaladores sociales entre el pueblo de Dios que quieren subir la escalera social, y para llegar allá, llevan a sus esposas e hijos a circunstancias donde, por ventajas naturales, comerán y beberán y estarán a gusto con los impíos. Entonces se sentarán y llorarán cuando sus jóvenes se casan con parejas inconversas y van al mundo.

(continuará, D.M.)

La Casa de Jehú

Notas y Exposiciones Bíblicas (9)

William Rodgers

La dinastía de reyes que comenzó con Jehú duró más tiempo que cualquier otra que reinó sobre el reino del norte de Israel. Dios le prometió que, como recompensa por llevar a cabo juicio contra la casa de Acab, sus hijos hasta la cuarta generación se sentaría sobre el trono, y fue así. Su hijo, Joacaz, le siguió, y después de él su nieto, Joás, luego su bisnieto, Jeroboam II, y finalmente su tataranieta, Zacarías. Los reinos de éstos ocuparon más de un siglo, y dos de ellos, Jehú mismo que reinó veintiocho años, y Jeroboam II, que reinó cuarenta y un años, ocuparon el trono por más tiempo que cualquier otro de los reyes del reino del norte.

Representaban una estirpe de guerreros valientes que casi continuamente estaban luchando contra los sirios y otros pero, como los demás reyes de las diez tribus, “no se apartaron de

todos los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel”. Por cierto que la idolatría más crasa, la de Baal, destruida temporalmente por Jehú, fue aparentemente tolerada durante los reinos de sus descendientes, 2 Rey. 17:6; Os. 2:8,13,17, pero probablemente no fue practicada por ellos mismos.

Durante el período de su dominio la nación experimentó circunstancias extremas, tanto favorables como desfavorables. A veces Dios por sus pecados les redujo de tal manera que se pudo decir, “no había siervo ni libre, ni quien diese ayuda a Israel”, 2 Rey. 14:26; de manera que, se cumplió la antigua profecía de Dt. 32:36. En otras ocasiones, compadeciéndose de ellos en sus aflicciones, les concedió grandes liberaciones. Al fin, durante el reino de Jeroboam II y de acuerdo con una profecía dada por su descarriado siervo, Jonás hijo de Amitai, toda la frontera al norte y al oriente fue recuperada de modo que se acercaba a lo que había sido en los días de David y de Salomón, 2 Rey. 14:25-29.

En la historia narrada en el segundo libro de Reyes, se dan muchas indicaciones del interés demostrado por el Señor en la condición de Israel del norte durante este período, demostrando que tanto sus derrotas como sus victorias se debían a Sus intervenciones. Para empezar, se ve como Jehú no solamente fue designado rey sino también ungido por mandato expreso de Dios, 2 Rey. 9:3,6, un honor que no se concedió a otro rey del norte sino solamente a él. (Porque aunque el primer Jeroboam fue informado por el profeta, Ahías, que iba a ser rey, no fue un-

gido al tomar el reino.) Después de esto, sucesivamente, se lee de la promesa del Señor dada a él acerca de la duración de su dinastía, seguido inmediatamente por el relato de su falla y el castigo que resultó para él y para su pueblo. Fue cuando el Señor “comenzó a cercenar el territorio de Israel”, permitiendo la pérdida de su territorio al oriente del Jordán, 2 Rey. 10:30-33. Luego, se lee de otras pérdidas similares en el tiempo de Joacaz y de la medida de liberación concedida cuando el rey se humilló y clamó a Dios, 13:3-7. Después, se dio una promesa de victoria al siguiente rey, Joás, estando él al lado del lecho de enfermedad de Elías, una promesa que iba reduciéndose aun en el momento cuando se expresaba, debido a la falta de fe del rey, 13:14-20. Con el tiempo esta promesa se cumplió cuando reinaba Joás, y se cuenta en una porción que se introduce con una hermosa declaración de la compasión del Señor por Israel a causa de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob, 13:23-25. Finalmente, como ya se ha comentado, se lee de la restauración de las fronteras durante el reinado de Jeroboam 2, 14:25-27.

En el relato de la historia de las tribus del norte se hacen referencias al interés que tenía Dios en ellas y su trato con ellas en los días de Jehú y sus descendientes. De este interés hay evidencias más claras en los escritos de Oseas y Amós quienes profetizaban en aquellos tiempos y su ministerio se dirigía mayormente a aquellos reyes. Estos profetas describían con lucidez las escenas de los tiempos que vivían y demostraron claramente cuán peno-

so fue el estado de todo, y cuán pobre y efímero fue el fruto del “celo por Jehová” de que se jactaba Jehú, 10:16.

El celo se recomienda altamente en muchas Escrituras y se nombre en una variedad de asociaciones: celo por Dios, Núm. 25:13; celo por su pueblo, Col. 4:13; celo por estar limpios en todo, 2 Cor. 7:11; celo en dar, 2 Cor. 9:2; celo de buenas obras, Tito 2:14, etc. El problema con los más de nosotros es que tenemos muy poco celo y estamos muy contentos de ser llevados por el facilismo. A la vez, tenemos que recordar que el celo se recomienda solamente cuando es celo por lo que Dios aprueba y cuando sea dirigido por Él. Ciertos hombres tenían un gran celo por los gálatas, pero “no para bien”, 4:17, porque querían reunir en torno de ellos mismos una secta, y dejar a los santos en una esclavitud legal. Fue nada más que celo sectario. El rey Saúl tenía “celo por los hijos de Israel”, 2 Sam. 21:2, que le condujo a hacer algo por lo cual no tenía ningún mandamiento de Dios, es decir, matar a los gabaonitas, y así dio comienzo a problemas que no llegaron a su colmo hasta mucho tiempo después de su muerte. Él no había sido tan escrupuloso en matar al rey de los amalecitas, aun cuando hacerlo habría sido una obediencia al mandato del Señor. El celo del rey Saúl fue un celo sin ciencia. El amigo, Jehú, como muchos más, tenía gran celo y proseguía “impetuosamente”, 2 Rey. 9:20, entre tanto que podía pelear, con tal que había promoción para él, pero no tenía nada de celo para perseverar después en los caminos del Señor. Su celo fue pasajero y egoísta.

Pablo dice, Gál. 4:18, “Bueno es mostrar celo” pero agrega dos calificativos: “en lo bueno” y “siempre”.

¡Eben-ezer de Veras!

Samuel (7)

W.W.Fereday

Cuando se mueve Dios, actúa Satanás. Un avivamiento espiritual despierta su hostilidad. No hay nada tan desagradable para él que ver al pueblo del Señor arreglar las cosas unos con otros y delante de Dios y estar en una condición que amerita la bendición de Dios. Invariablemente su obra es destruir ante todo la obra de Dios, y cuando se da cuenta que esto no se puede hacer, intenta corromperla. A través de la historia de la Iglesia, ha empleado ambos métodos.

“Cuando oyeron los filisteos que los hijos de Israel estaban reunidos en Mizpa, subieron los principales de los filisteos contra Israel”, 1 Sam. 7:7. En esto se ve la formación de los huestes del enemigo, animado por Satanás, quien entendió mejor que ellos la significación de lo que se desarrollaba en el campamento de Israel. “Y al oír esto los hijos de Israel, tuvieron temor de los filisteos”. Qué cambio tan feliz de capítulo 4:1, cuando, en ignorancia culpable de su mala condición, presuntuosamente provocaron conflicto con el enemigo. Más feliz ahora su lenguaje, aun en la presencia del peligro. Después de su primera derrota en los días de Elí, dijeron, “traigamos a nosotros de Silo *el arca* del pacto de Jehová, para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros

enemigos”. Ahora apelan a Samuel, “no ceses de clamar por nosotros a *Jehová nuestro Dios*, para que nos guarde de la mano de los filisteos”. Hay un mundo de diferencia entre “el arca” y “*Jehová nuestro Dios*” Por fin se había recuperado el sentir de comunión con Dios.

¡Ay de aquel enemigo cuando se enfrenta con un pueblo que depende enteramente de Dios! Josafat, oraba a Dios, y aunque rodeado por mujeres y niños, logró una victoria sobre los de Moab y sus confederados, 2 Cr. 20:13, mucho mayor que habría ganado con su millón de hombres armados usando métodos militares, 2 Cr. 17:12-19. Exequias, vestido de cilicio, era más peligroso para los de Asiria como cuando estaba vestido de su armadura. Su humildad y confesión delante de Dios resultó en desastre abrumador para el invasor insolente, Is. 37.

De igual manera, la genuina dependencia de Dios en Mizpa resultó en una liberación divina tan llamativa como jamás habían conocido. Que no nos olvidemos, hermanos amados, “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”, Rom. 15:4.

Samuel llegó a ser el mediador entre Jehová y su pueblo. “Y Samuel tomó un cordero de leche y lo sacrificó entero en holocausto a Jehová; y clamó Samuel a Jehová por Israel, y Jehová oyó”, 1 Sam. 7:9. El agua derramada ya había testificado de su sentir de debilidad total; el ayuno fue la expresión de su humillación; el cordero de leche representó al Cristo que

venía, en quien el ser humano alcanza la liberación y la bendición. Esta es la única referencia a un cordero de leche ofrecido en sacrificio a Jehová, y su conveniencia moral fue muy aparente en aquel momento. Tipificaba a Cristo, obediente y consagrado a Dios desde su juventud, quien se ofreció en olor grato a favor de los seres humanos que no podían demostrar otra cosa que su desobediencia y la obstinación de su corazón.

¡Qué lecciones encontramos aquí! ¿No tememos oídos para oír y corazones para comprender? La situación de Israel en 1 Sam. 7, ¿no es un cuadro de la condición infeliz de la iglesia hoy? ¿No se ha perdido en gran manera todo contacto con lo invisible y eternal? ¿Por esto mismo, no estamos dispuestos a humillarnos delante de Dios? ¿No vendrá Él a la ayuda de aquellos que se humillan, habiéndose juzgado en Su presencia, y le imploran solo en el nombre de su Hijo?

Una gran victoria resultó para Israel. La palabra de Is. 65:24, que se relaciona con el día de bendición milenial, “antes que clamen, responderé Yo; mientras aún hablan, Yo habré oído”, se hizo veraz en el caso de ellos. “Y aconteció que mientras Samuel sacrificaba el holocausto, los filisteos llegaron para pelear con los hijos de Israel. Mas Jehová tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos, y los atemorizó, y fueron vencidos delante de Israel” En el mismo lugar donde antes habían sufrido su derrota ignominiosa, que involucraba la pérdida del arca, gozaron ahora el poder emancipador de Dios. Es grande el contraste entre el grito de

confianza carnal cuando llegó al campamento el arca, y el trueno de Dios. Ciertamente, estamos viviendo los últimos tiempos de la dispensación de gracia, pero bendición está preparada para los que están dispuestos a tomar un lugar bajo a los pies divinos. Sabe el Señor mostrarse fuerte a favor de los que confían en Él. A nosotros nos toca atender a Su llamado “sé, pues, celoso, y arrepiéntete”, Ap. 3:19, y cuando lo hacemos, Él hará.

La victoria lograda en Eben-ezer no dejó ningún lugar para la vanagloria humana. El trueno de Jehová fue lo que subyugó al enemigo; y no quedó para Israel otra cosa que perseguirlo para su completa ruina. “El que se gloria, gloriése en el Señor”, 1 Cor. 1:30. Con gratitud decorosa el pueblo erigió una piedra memorial entre Mizpa y Sen, diciendo, “Hasta aquí nos ayudó Jehová”. Fueron restauradas a Israel las ciudades que les había quitado los filisteos. Por todos los lados había paz, y no solamente con relación a los filisteos. Las oraciones de Samuel sostuvieron al pueblo, y mantenían a raya a los filisteos todo el tiempo que Samuel estaba al frente del pueblo.

Los filisteos no dieron más que hacer hasta que la infidelidad del rey escogido por el pueblo, Saúl, proveyó la oportunidad. Fue cuando, de nuevo, Dios soltó sobre la nación culpable, a los filisteos.

Pero, ¿quién puede estimar el valor de un hombre que se consagra a la oración, sea en la antigüedad o en tiempos modernos?

Lo que Preguntan

¿De qué maneras nos guía el Espíritu de Dios?

“Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”, Rom. 8:14. Por cuanto esta dirección nos identifica como hijos de Dios, ser guiados por él debería caracterizar nuestras vidas. La enseñanza de Pablo da por entendido que todos los creyentes son guiados así. “Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley”, Gál. 5:18. El Espíritu nos guía racionalmente (a través de nuestras mentes) y también místicamente (por una percepción inexplicable). La primera tiene que ser enfatizada y es más fácilmente explicada. Si no estamos dispuestos a ser guiados por el Espíritu día a día, es poco probable que seamos sensibles a su dirección en “las experiencias especiales”.

Tanto el Espíritu de Dios como la Palabra de Dios reflejan la misma fuente y deben estar de acuerdo entre sí. Por regla general, entonces, el Espíritu nos guía por las directrices claras de las Escrituras. Afortunadamente, no sólo nos dirige sino también nos capacita en el andar. “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne ...”, Gál. 5:16 al 18.

Mientras más andemos en el Espíritu, más profundo será nuestro conocimiento de “las cosas de Dios”. “Hemos recibido ... el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”, 1 Cor. 2:10 al 16. A la par que Él nos revele la mente de Dios, aprendemos por su

Palabra los principios por los cuales Dios obra. Más y más, entonces, aquellos principios nos guiarán. La sujeción día a día de la voluntad nuestra a las Escrituras no puede ser distinguida de la dirección del Espíritu en nuestras vidas. Es un reto de por vida conocer más ampliamente la mente de Dios por medio de la Palabra de Dios. Él nos conduce racionalmente al enriquecer nuestras mentes con el conocimiento práctico de sí mismo, y en la medida en que nos sometemos, nos dirige y nos capacita para agradar a Dios.

Una de las principales dificultades en la vida es la de ser honestos con nosotros mismos, y por esto es difícil explicar la dirección mística del Espíritu. Somos propensos a pensar que nuestras propias preferencias son la dirección del Espíritu. Él supervisa nuestras circunstancias y a menudo nos guía por medio de ellas, pero siempre dentro de las pautas de la Palabra de Dios.

Dos versículos en Salmo 25 nos instruyen en el proceder divino:

- El v. 12 enfatiza la reverencia por Dios, actuando para agradarle. “¿Quién es el hombre que teme a Jehová? El le enseñará el camino que ha de escoger”.

- El v. 10 señala la mansedumbre. Los mansos se someten humildemente a Dios y dependen de un todo de él. “Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad, para los que guardan su pacto y sus testimonios”.

¿Quién puede jactarse de poseer estas cualidades? Siempre es una evidencia de la gracia de Dios el oír una

voz detrás que susurra: “Este es el camino, andad por él”, Is. 30:21. No obstante, no tenemos que rogar a Dios por ella, porque Él desea guiarnos racionalmente por medio de su Palabra y orientarnos místicamente por nuestra sensibilidad a su voluntad. El conocimiento propio y el interés propio no producirán esto; de muchas maneras es un secreto sagrado entre el alma y Dios. Obedecemos su Palabra escrita y por medio del Espíritu Dios se encarga del resto. . (D.Oliver)

¿Qué es la llenura del Espíritu?

Tres palabras relacionadas entre sí expresan la verdad de estar lleno del Espíritu. Dos de ellas son adjetivos que describen a los que están llenos, y la otra un verbo que expresa la idea. Primeramente, los pasajes que destacan individuos que se caracterizaban por estar bajo el control del Espíritu:

- Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, Luc. 4:1
- varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo ... Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, Hch. 6:3,5
- Esteban, lleno del Espíritu Santo, ... vio la gloria de Dios, Hch. 7:55
- Bernabé ... era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe, Hch. 11:24
- Los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo, Hch. 13:52
- Sed llenos del Espíritu, Ef. 5:18

La otra palabra señala la llenura del Espíritu en un individuo para darle la capacidad para una responsabilidad que Dios le había asignado:

- Juan ... será lleno del Espíritu Santo; Elisabet fue llena del Espíritu Santo; Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo, Luc. 1:15,41,67
- fueron todos llenos del Espíritu Santo, Hch. 2:4
- Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo ..., Hch. 4:8
- todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios, 4:31
- Saulo ... seas lleno del Espíritu Santo, Hch. 9:17
- Saulo ... lleno del Espíritu Santo, dijo ..., Hch. 13:9

En estos casos (con la posible excepción de Luc. 1:15) la llenura es obra de un momento. Quizás esto nos ayuda a entender esta declaración difícil acerca de Juan el Bautista; el Espíritu le daría constantemente una capacidad singular para su obra específica.

La llenura del Espíritu involucra tanto un control como una capacidad. Nuestra responsabilidad es la de permitir continuamente al Espíritu a controlar nuestras vidas. “Sed llenos del Espíritu”, Ef. 5:18.

Es interesante que, aparte de este versículo, Lucas es el único que habla de esta verdad. En su Evangelio sólo Uno, el Señor Jesús, está típicamente bajo el control del Espíritu. “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto”, Luc. 4:1. En Hechos, cuando el Señor había ascendido, él identifica nueve individuos que estaban llenos del Espíritu. Siete veces en sus dos libros, Lucas habla de creyentes llenos del Espíritu. (D.Oliver)

Don Panchito

Me llaman Panchito. Nací en un pueblito del Estado Michoacán, México en 1933. Mi papá fue asesinado siete meses antes de nacer yo, y mi mamá murió seis días después de traerme al mundo.

Fui monaguillo en el templo romano en una época. La gente era muy fanática en el catolicismo y mezclaban con él mucha superstición y hechicería. El cura tenía un dominio increíble sobre todos nosotros, y vivíamos en tinieblas espirituales y el temor de lo que llamaban la iglesia santa, apostólica y romana.

Me acuerdo cómo me llené de espanto un día en 1941 cuando oí un tremendo ruido en el cielo. Fue la primera vez que había visto una avioneta. Centenares de volantes fueron esparcidos sobre las siembras de aguacate. Esperamos un rato antes de salir de nuestros refugios, y luego los muchachos recogimos todo cuanto papelito era posible.

Los cuadros en las portadas despertaron mi curiosidad y yo quería saber qué decía el texto adentro. Pero no sabía leer; nunca asistí a una escuela. Sin saber de qué se trataba, el cura aceptó leerme aquellas historias acerca del amor de Dios para los pecadores, la muerte de Jesús en la cruz, el cielo, el infierno y la eternidad.

Entonces él se enojó hasta temblar. Mandó que todos llevaran sus papelitos a la plaza. La gente miraba mientras él pronunció maldiciones sobre las personas en aquella avioneta, nos prohibió leer ese material herético y ordenó prender fuego a las hojas.

Pero yo estaba tan intrigado con ellas que las escondí en mi colchón de paja. Vez tras vez uno u otro me leyó los volantes en secreto. Con el tiempo, los perdí todos, o me los quitaron, pero sus mensajes ya estaban bien grabados en mi corazón de niño.

Unos cincuenta años más tarde, mi señora y yo vinimos a vivir aquí en Puerto Vallarta, junto con los hijos y nietos. Andaba yo por la plaza cierto día cuando una persona afable me ofreció un folleto. Lo llevé a casa y pedí que la hija me lo leyera. De pronto vino a mi mente

todo aquello que sucedió en mi niñez en ese pueblito a 600 kilómetros de aquí. El mensaje en ese tratado evangélico era exactamente como decían aquellos papelitos que cayeron de la avioneta. Anotamos la dirección del centro evangélico que se indicaba en la última página, buscamos el edificio al día siguiente y en la noche asistimos a la reunión.

Nunca en mi vida había oído la presentación del santo evangelio. Por primera vez oí la lectura de la Biblia. Aquellos señores citaron dos trozos que yo más o menos recordaba, y que me impresionaron profundamente aquella noche. ¡Ahora sé decirlas de memoria!

Uno fue "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" y el otro, "El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida".

Entendí, y de una vez acepté lo que Dios dice en su Palabra. En otras palabras, creí, fui salvo y confesé a Jesús como mi Salvador. Dentro de no mucho tiempo, obedecí a mi Señor en el bautismo.

Tengo una bicicleta, y por quince años me ha gustado salir y repartir folletos acerca de la salvación y platicar con la gente acerca de Jesucristo. Dios en su gracia ha salvado a mi esposa, cuatro de nuestros hijos y varios nietos. Ahora sé leer un poco, y esto me ayuda a aprender y decir qué está en la Biblia, la Palabra de Dios.

No todos me hacen caso, y por cierto tengo un hijo que todavía está sin Cristo. Espero que usted no se encuentre en esa condición, y que preste atención a los mismos mensajes que aprendí en mi niñez y me ayudaron a recibir la salvación eterna cuando era un hombre algo anciano.

¡Gracias a Dios por las personas de aquella avioneta, y por la gente aquí en Vallarta que despertaron la semilla que estaba en mi corazón! Espero ir al cielo muy pronto, y espero que usted haya sido salvo para ir también.